

Signos de admiración

MARIANA FRENK
Y LOS PAISAJES

MANUEL ANDUJAR

Mariana Frenk ha venido, en estos días carteleros electoralistas, a descubrir Madrid y sus velazqueños cielos de atardecer, con intermitencias, casi milagrosas, de olímpicos resplandores y aéreos terciopelos de majestuosas imponentas. Y como su función orientadora consiste en ilustrar, de modo parejo, a calificados visitantes y a espectadores genuinos, de pro, sobre la exposición de José María Velasco y del doctor Atl, "creadores del paisaje mexicano", en las espumas de los siglos XIX y XX, según apreciarse puede en la selecta muestra ha poco inaugurada en el Museo de Arte Contemporáneo, resulta que a nuestra entrañada amiga le cupo aprehender un panorama que ilumina los por ella antes conocidos y transitados. Y que a su mismo avatar judeo-español, siglos atrás, se adhiere.

El adjetivo "entrañada", respecto a Mariana Frenk, no es un vocablo oportunista, el acento circunflejo de una fugaz circunstancia. El varillaje de sus vicisitudes, experiencias y saberes presupone el carácter de este feliz pero demorado encuentro con España y su Madrid. Un Madrid y un país donde, a efectos de copiosa adición de ignorancias e incomunicaciones, no suele toparse con noctívaga noticia de las individualidades que, sin estruendo, mas con ahondado fervor, son piezas claves de la cultura y letras del gestante mundo iberoamericano.

Porque Mariana Frenk, en la hanseática ciudad de Hamburgo nacida, cursó en aquella Universidad estudios de literaturas hispánicas, que ensancharía y cimentaría después cuando

Tlaloc,
el dios
de la
llovía.

las tormentas y persecuciones del hitlerismo determinaron su instalación en México, un crédito más de la hospitalidad que nunca se ponderará suficientemente.

Compañera y traductora a nuestro idioma de las obras del eminente teórico, investigador, historiador y crítico de arte Paul Westheim —expresionismo germánico, revelador asedío de las formas abstraccionistas y simbólicas—, sus nombres comparecen justamente unidos en el desciframiento, con visión europea y tonalidad ambiental novohispana, de unas coordenadas estéticas y mitológicas que componen la perdurable esencia y el legado redivivo del México antiguo.

A la inclinación por caudales manifestaciones narrativas y poéticas de nuestra lengua, que virtualmente se ha convertido en su instrumento literario directo —relatos breves, ensayos, aforismos—, contribuyeron las relaciones de Mariana Frenk con los escritores mexicanos y los intelectuales del exilio republicano de 1939, allí coexistentes.

No ha de sorprender, en consecuencia, la emoción y perceptividad con que Mariana Frenk indaga —en la lijeza de lo monumental, en los gráficos rasgos callejeros, hasta en las huellas costumbristas de la dictadura— los viejos y nuevos rastros, los estremecidos rostros, matritenses, de España. Al igual que se le desplegara el profundo México, criollo y provincial, cacarizo, viruelado, en los microcosmos de Juan Rulfo, "El llano en llamas" y "Pedro Páramo", que al alemán trasladó impecablemente.

Motivos de subyacentes analogías y externos contrastes le sobran para su código de un apetecible entendimiento. Aguado, escocido de impaciencia, su dictamen creador de mexicanos y españoles tatuajes, de los peculiares ensueños y delirios que los provocan.

Mariana Frenk lo veteará con punzante y benévolo humor, don que la enaltece, una vez superadas la timidez y discreciones que marchaman su generosa condición humana.

A pesar de las particulares contrariedades que pudicamente soslaya, alegre hormiguica nuestra Mariana Frenk. ¡Qué consuelo su atisbo, al beber los vientos de la plasticidad, por las salas del Museo del Prado!

Legitimemos, en señal de bienvenida, el adióis tópico: ¡Hasta siempre! ■

Ehecalt,
el dios
del viento.

CINE

Dos jóvenes
películas
españolas

El crítico no sabe qué hacer. La pasada semana arremetí contra "Las verdes praderas", discutiendo su, digamos, ideología y omitiendo, porque lo creía obvio, que se trataba de una película bien rodada (incluso la mejor rodada por García). Esta semana, sin embargo, aquella obviedad se vuelve en contra de mí, ante el extremo de "Vivir en Sevilla", de Gonzalo García-Pelayo, y "Con mucho cariño", de Gerardo García, que no alcanzan, de ningún modo, esa categoría. Cierto que estos dos nuevos títulos están rodados con escasísimos medios económicos, un poco contra viento y marea, casi en plan amateur. Pero su confusión dramática y en muchos casos su gratuidad no se justifican sólo por eso. Son las dos productos torpes, incluso muy torpes. Hay espacios en las dos películas prácticamente incomprensibles. Esa incomprensión remite inevitablemente al aburrimiento.

"Vivir en Sevilla", segunda película del director de "Manuela", es una fotonovela esquizofrénica, en muchos casos un juego privado que no alcanza el carácter de muestra de la "locura" sevillana y que de todas formas no explica su porqué. Eligiendo personajes singulares e introduciéndolos violentamente en la historia fotonovela (que no oculta su condición de tal) no ha logrado García-Pelayo enseñarnos nada especialmente interesante. Quizá hacernos sonreír, porque la película no carece de humor, pero un humor sin relación dialéctica inteligible con el resto de la "historia". O hay demasiadas pretensiones o faltan datos, pero "Vivir en Sevilla" es más un espejo de las propias obsesiones íntimas de García-Pelayo que una crónica sociológica mínimamente valiosa, como al parecer se pretendía.

Pretensiones que alcanza igualmente "Con mucho cariño", idéntico intento de mosaico sociológico donde caben las relaciones familiares, los amores adolescentes, los conflictos labo-